

CARRILLO Y SOTOMAYOR, LUIS (CA. 1582/1585-1611)

FÁBULA DE ACIS Y GALATEA.

Dirigida al Conde de Niebla, don Manuel Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, Gentilhombre de la Cámara de Su Majestad y su Capitán General de la Costa de Andalucía.

CARTA

Mientras el hondo mar, mientras no gime
agravios de mil remos, gobernados
de fuertes brazos, ni su imperio oprime
la quilla en largos surcos plateados;
mientras la espuma en su color no imprime
a turco o holandés rostro, ni igualados
los largos vasos al ligero viento
exceden del corsario el pensamiento;

mientras la ronca trompa no tumbare,
y al más osado pecho y al cansado
brazo del bogavante no alentare
a despreciar el viento apresurado;
mientras el grueso ferro no dejare
la seca arena con que está abrazado,
ni velas visten de la entena extremos:
oíd mis versos, pues que callan remos.

No siempre roja sangre, no vestido
el corazón y pecho de diamante,
deleita a Marte siempre, ni el teñido
acero en sangre, ni el feroz semblante:
a veces gime el prado, ya oprimido
de fuerte escudo o yelmo rutilante,
y a veces vos, entre el acero y malla,
sentís ausente lo que el alma calla.

No siempre el rostro claro, ardiente, enlaza
el fuerte morrión, ni, más lustroso
que el claro sol, el peto el hombro abraza,
no siempre alegra el arcabuz fogoso:
tal vez, cual vos sabéis, el alma emplaza
el pecho a sus estrados generoso,

y tal os vistas, humillado el cuello,
hermosa Niebla, a un Sol, más que el sol bello.

Tal os pido, y os llamo, no arrojando
rayos la espada, ni el feroz semblante
fuego, como soléis, atento y blando,
no con frente al contrario amenazante:
tal mi musa escuchad, que irá cantando
un desdichado, un firme, un fiero amante;
y con vuestra atención, si oís su vuelo,
piensa afrentar estrellas en el cielo.

FÁBULA DE ACIS Y GALATEA

Argumento de la Fábula, por su hermano Don Alonso Carrillo.

[De viva peña asientos ocupaban
la blanca Galatea, y Scila hermosa,
bramando el Etna, lo que apenas daban,
tiernas quejas oyó de voz llorosa:
Así pues, Galatea, celebraban
fieras lisonjas a su falsa esposa,
y así de un golpe, el Cíclope tirano,
llore en cristal, mi Acis hizo en vano.]

FÁBULA

De cuál era marfil, la blanca mano,
o el peine que entre el oro discurría,
o si era el sol aquel que el océano
de sus hermosos rayos lo vestía,
o aquel que, altivo, de Titón anciano
la blanca esposa, pálido seguía,
dudoso el Etna, aún detenía, en su falda,
abrazadas las perlas de esmeralda.

En sus fuegos terrible y temeroso,
sacó la negra frente, y admirado
en ver de Galatea el rostro hermoso,
acrecentó su fuego enamorado;
y, estando atento, del volcán fogoso,
así escuchó, de humos coronado,
lamentarse la ninfa, de una suerte,
por larga vida y por temprana muerte:

«Con más galas mostraba el blanco día,

en manos de la Aurora, su tesoro,
y más hermoso el rojo sol vertía
de su ligero carro aljófar y oro:
resplandecientes ejes recibía
en su cerviz robusta el fuerte Toro,
y de Pirois y Etón, la blanca pluma
el aire y luz hendió, vertiendo espuma.

Con apacible risa se extendía
un arroyo, de juncia coronado,
a quien el rubio sol nunca ofendía,
que exento dél estaba el fresco prado;
con cuello hojoso y verde se oponía
a su color el sauce levantado,
y, burlando del sol, ufano el viento
robaba a varias flores el aliento.

Mas que la blanca nieve, intacta y pura,
una pequeña cueva se mostraba,
-segunda a mi Acis bello en hermosura-
que la azul Anfitrite coronaba.
Persuadiónos su sitio y su frescura
y el destino cruel que me guiaba;
hizo el Amor la viva piedra alfombra
dosel la peña y del dosel la sombra.

Más lazos que aquel olmo levantado
recibe de su yedra, ¡oh Scila mía!,
con más que ciñe aqueste verde prado
de su corriente arroyo el agua fría,
mi cuello enlazó Acis, que, enredado,
esconderse en mí el triste parecía;
en dulce lucha y amoroso juego,
dieron al corazón las lenguas fuego».

Venció, en fin, la memoria y, coronados
de perlas, Galatea, entrambos ojos,
sobre los hilos de oro derramados,
de aljófar Scila vio varios despojos:
ablandó cual discreta sus cuidados,
venció con sus razones sus enojos,
prosiguió Galatea el fatal cuento,
paróse el mar y suspendióse el viento:

«Los premios del amor nos incitaban,
la soledad y sombras persuadían,

y el ver cómo las vides se abrazaban
con los hermosos chopos y se asían;
también dos tortolillas nos mostraban
en besos dulces cuánto se querían:
todo era, en fin, Amor, que Amor triunfaba
hasta en la yerba que en el prado estaba.

Tiemblo al decirte -igual a aquel que toca
álamo, bien que altivo, el alto cielo-,
de una lóbrega cueva el ancha boca
pobló soberbio, estremeciósse el suelo;
prestóle humilde asiento una alta roca,
zampoña pastoril igual consuelo;
retumbó el monte, de sus silbos lleno;
lloró su propio mal, cantó el ajeno.

El líquido cristal, que se abrazaba
y con lascivo juego se extendía,
temeroso a las voces que escuchaba
escondese en sí mismo pretendía;
yo, triste, que de miedo le negaba
aliento al flaco pecho y lengua fría,
así escuché la causa de mi muerte
cantar mi rostro y lamentar su suerte»:

«No la envidia del cielo, el prado hermoso,
-ya por mejor color, ya por bordado
de hermosas flores- ni, con cuello hojoso,
el ciprés a las nubes encumbrado;
no del arroyo aquel color lustroso,
-ya en aguas libre, ya en cristal atado-,
ni juntos ciprés, prado, cristal frío,
igualan la beldad del dueño mío.

No el indomable toro más airado,
ni con ancianos brazos extendida,
resiste a su pastor, ni al enojado
viento resiste más la encina herida;
no está más sordo el fiero mar turbado,
ni víbora cruel más ofendida,
que sorda está, que fiera está y airada,
en oyendo mi voz, mi prenda amada.

Compite al blando viento su blandura,
de cisne blanca pluma, y en dudosa
suerte la iguala, de la leche pura,

la nata dulce y presunción hermosa;
en su beldad promete y su frescura,
del hermoso jardín el lirio y rosa;
y si mis quejas, ninfa hermosa, oyeras,
leche, pluma, jardín, flores vencieras.

No al soberbio ladrido el temeroso
gamo, ligero tanto, iguala al viento,
-que los deseos deja, presuroso,
atrás corrido del lebrex exento-,
como, al mirarme, el prado, del pie hermoso
no siente de mi dueño el blando asiento.

Mas ¿qué me espanto de que al viento igualas
si el amor y mi suerte te dan alas?

Sosiega el rostro de la mar airado
con el divino tuyo, ninfa mía;
merezca -si lo puede un desdichado-
con sólo verte, un rato de alegría;
borde tu rostro un campo dilatado
de azul cristal, y glorióse este día
ser la primera vez que su ancho velo
sirve a mi hermoso sol de ser su cielo.

Exento del invierno y del verano,
parte del monte el albaastro puro
puebla, competidor de aquesa mano,
del tiempo envidia, cual tu pecho duro;
desiguales labores forma ufano,
de que serás su dueño ya seguro,
y piensa competir, altivo, al cielo,
pues lo tiene de ser al sol del suelo.

Dan sombra al Etna, más que el alto ceño
ya de soberbias rocas o encumbrados
tejos y lauros -tuyos, dulce dueño,
si dellos ser gustases-, mis ganados;
el campo esconden cuando en blando sueño
están, de pacer hartos, desatados;
número y cuenta excede su grandeza,
que el contar lo tengo por pobreza.

Envidia del Oriente y del aurora,
de pámpanos hermosos coronado,
los apacibles olmos bello dora

el racimo a sus ramos abrazado.
De rojo y gualda, la copiosa Flora
el manzano te ofrece, matizado;
y, por despojos de tu mano hermosa,
guarda el blanco jazmín y abierta rosa.

Las cobardes castañas, ofendidas
de la tardanza de tu blanca mano,
segunda vez se esconden de corridas
en su amarillo erizo. El verde llano
vuelve a guardar las flores producidas,
con que un tiempo pensó impedir ufano
-mas mi dicha cruel no lo consiente-
de olor el aire y de beldad su frente.

El manso jilguerillo, que, alentado,
bañándose en el agua caluroso,
compite al ruiñón el delicado
acento, en tono, por mi mal, lloroso,
nenias canta a mi muerte, que, si amado
el árbol por su canto y más dichoso,
al escuchar su voz, mi bien, suave,
dudaras cuál es flor o cuál es ave.

No fue naturaleza tan avara,
antes franca conmigo, de sus bienes,
ni es tan rústica, no, mi frente y cara,
ni son tan feas mis valientes sienas,
testigo me es el agua hermosa y clara,
del odio injusto que a mi rostro tienes,
pues corre murmurando, después, ella,
de que no me quisieses, ninfa bella.

Mira qué grande soy: no está en el cielo
Júpiter -que decís arroja airado
rayos al mundo- tal, ni el ancho suelo
tal le pintó cuando le ve enojado;
sirve a mis hombros de espacioso velo
el áspero cabello derramado.
Y ¿quién no estar al hombre bien, confiesa,
el vello grueso y duro y barba espesa?

Ciñe mi larga frente un ojo: el cielo,
como el hermoso sol, lo alumbra solo.
Suegro te doy a aquel que el ancho suelo
abraza altivo de uno al otro polo:

tu rey es y señor, si gustas, vélo,
más que la hermana del hermoso Apolo;
¡mira que quien no teme el rayo airado,
tiembla a tu blanco pie, mi dueño amado!

Sufriera tu desdén, triste, sufriera
mis dolores y penas inmortales;
si compañía en otros tristes viera,
pasarás; mas ¿quién tan desiguales?
¿Que así tu esquivada mano, que así quiera
la causa ser de mis perpetuos males?
¡Ay, yedra ingrata, a muro ajeno asida!
¡Y, ay, paciencia, más larga que mi vida!

Arda en tus ojos él, arda en tu pecho,
que él sentirá de aqueste brazo airado
la furia que gobierna, a su despecho,
lo que un cíclope puede, desdeñado:
por estos campos quedará deshecho
el tierno cuerpo de tu dueño amado,
y gustarás, en fin, que así lo quieres,
ver siempre parte dél por donde fueres».

«En vano el fiero, con terrible acento,
amenazas y amores lamentaba,
y su terrible voz el manso viento,
mas no en vano, sereno, dilatava,
cuando, dejando el espacioso asiento,
los arrogantes pasos gobernava
con un soberbio pino que traía:
temblava el Etna donde el pie ponía.

Cual el valiente toro que ha perdido
de la vacada el reino, que, enojado,
espanta el bosque con feroz bramido,
desafía al contrario, confiado,
en que algún duro roble habrá vencido
el duro imperio de su cuerno airado:
así el cruel, de amor y enojo ciego,
llenó frente y narices de humo y fuego.

Volvió la vista do a mis ojos daba
plata en el cuello y en las hebras oro,
aquel que mis entrañas abrasaba,
aquel que era mi gloria y mi tesoro;
vio que en mi cuello mi Acis se enlazaba.

¡Ay, causa justa de mi amargo lloro!
encontróse el amor y enojo, y pudo,
¿quién duda? armad más que no un desnudo.

Venció el enojo, en fin, venció, y airado,
dando una gruesa peña al brazo exento,
temblando el Etna al grito levantado,
y sacándola ardiente de su asiento:
-«Será la vez postrera que abrazado
mire mi bien, mi mal», dijo; y el viento
la voz trujo y la piedra, y en un punto
me vi en la mar y vi mi bien difunto.

Lo. que los hados permitir quisieron,
de mi divino amante los despojos
en, esta clara fuente los volvieron,
que cada día aumenta mis enojos;
aqueste el lugar fue donde le vieron,
para no verle más mis tristes ojos,
y ésta la fuente hermosa y cristal frío
amarga siempre por el llanto mío».